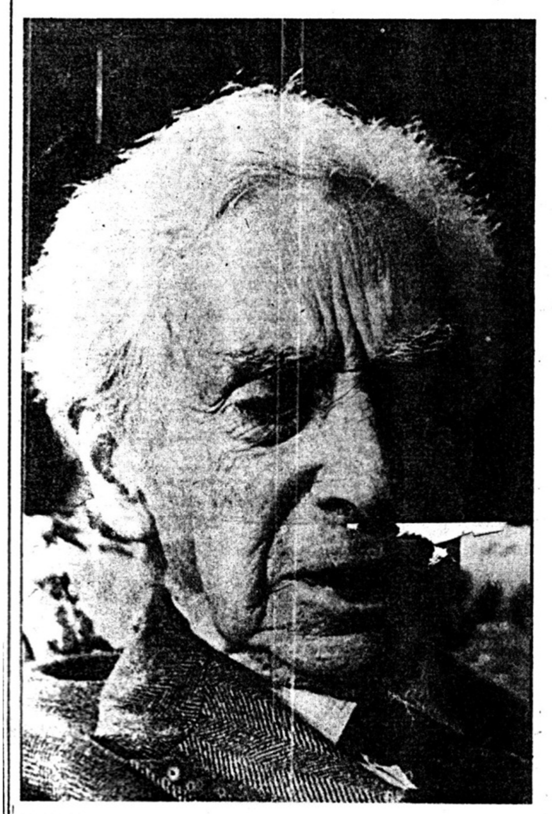
INTERMEDIO. SUPLEMENTO DEL CARIBE. Barranquilla, 25 julio 1982, págs. 16 y 17

Ensayo



La desgracia según Bertrand Russell

Lácides Martínez Avila

El concepto de "desgracia", ligado por unidad de los contrarios al de "felicidad", ha sido contemplado por la actividad filosófica del hombre desde hace muchos siglos, y se ha definido como el mal por accidente, a diferencia del mal voluntario (pecado).

Bertrand Russell, "el filósofo del realismo científico", en su libro "La conquista de la Felicidad", hizo un análisis de la naturaleza y causas de la desgracia, que nos parece importante, de ahí el que hayamos escrito los presentes renglones, con un propósito más expositivo que interpretativo.

La infelicidad actual de la mayoría de la gente, según Russell, no obedece a causa externa manifiesta, sino a ideas y hábitos erróneos que tienden a destruir los impulsos y deseos habituales de cosas posibles que son definitivamente el origen de la felicidad.

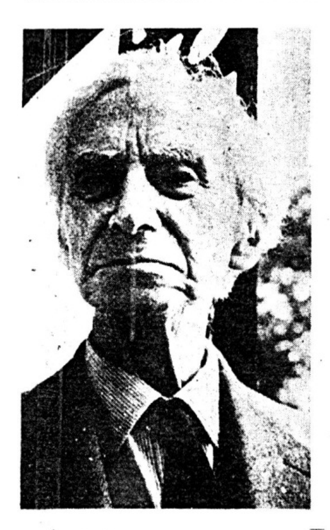
Uno le puede cobrar gusto a la vida descubriendo y obteniendo las cosas que más desea; desprendiéndose de ciertos deseos, como, por ejemplo, la adquisición del conocimiento absoluto de algo, y, sobre todo, dejando de preocuparse demasiado por sí mismo y prestando más atención, en cambio, a las cosas externas. Estas, aunque también encierran la posibilidad de producir dolor (las guerras, la muerte de seres queridos, etc.), tal dolor no destruye la calidad esencial de la vida, como sí lo hace el que proviene del disgusto consigo mismo.

Al considerar que debemos desprendernos de ciertos deseos y dejar de preocuparnos demasiado por nosotros mismos, como condiciones para liberarnos de la desgracia, Russell se aproxima a los estoicos, para quienes la felicidad consiste en liberarse de las pasiones, en la indiferencia. Igualmente, se ponen de manifiesto su escepticismo y agnosticismo cuando aconseja renunciar a la adquisición del conocimiento absoluto de algo. En esto coincide también con Aristóteles, quien dijo que "propio es del hombre culto no afanarse por alcanzar otra precisión en cada género de problemas sino la que consiente la naturaleza del asúnto". (1).

Varias son las clases de actitudes introspectivas, siendo las tres más comunes: la del pecador, la del narcisista y la del megalómano. Por pecador no debe entenderse aquí el que comete pecados ortodoxamente hablando, sino el que vive absorto en la conciencia del pecado pese a obrar torcidamente, y que está en perpetua contradicción consigo mismo, ya que, por una parte, tiene ante sí la imagen de lo que debiera ser, y, por otra, el conocimiento real de sí mismo, que no coincide con aquélla. Hombres de esta clase viven siempre pensando en lo que será malo, y, aunque no actúen con arreglo a esa idea, están constantemente atormentados por ella. El primer paso que deben dar, para evadirse de la desgracia, es deshacerse de las primeras creencias heredadas acerca del bien y el mal.

El narcisista es aquel que es dominado por el hábito de admirarse y desear ser admirado. Muchas mujeres, principalmente las ricas, tienen agotada la capacidad de enamorarse verdadera y lealmente, lo que las conduce a pretender que todos los hombres se enamoren de ellas. Un narcisista puede, por ejemplo, pretender lograr para sí los lauros obtenidos por un pintor o un escritor, y decide, en consecuencia, iniciarse en cualquiera de estas artes, pero, como lo que él busca no es más que la admiración y la notabilidad de su propia persona, no se preocupa por aprender correcta y eficazmente las técnicas artísticas o literarias, y, sobre todo, como no es esa su vocación, sólo alcanza el fracaso y el ridículo, en vez de la añorada adulación. El éxito real de un político depende, en mucho, de su apartamiento de toda actitud narcisista a cambio de un interés sincero y efectivo por los problemas y necesidades de la colectividad, puesto que todo el mundo admira el altruismo y detesta el egoísmo.

El megalómano, por su parte, difiere del narcisista porque prefiere ser poderoso y temido a simpático y amado. Tanto el narcicismo como la megalomanía son, si se quiere, actitudes hasta cierto punto naturales. Sólo cuando se incurre en exceso al adoptarlas son causas de desgracia. Algunos grandes hombres de la historia fueron megalómanos. Alejandro el Grande fue uno de ellos, pero su megalomanía lo llevó a la desgracia. Esta actitud tiene generalmente origen en la humillación y las privaciones. Napoleón, por ejemplo, sufría en la academia ante la superioridad económica y social de sus compañeros, porque él era un alumno pobre. Cuando permitió el



retorno de los emigrados, tuvo la inconmensurable satisfacción de ver inclinarse ante él a muchos de sus excondiscípulos.

Desde luego, como ninguna persona puede alcanzar la omnipotencia, un hombre dominado por la megalomanía tiene, forzosamente, que encontrar, tarde o temprano, óbices insuperables y, con ellos, su desgracia.

La desgracia, por lo general, es producto de insatisfacciones y privaciones juveniles que han ocasionado en el individuo una evaluación irregular de las satisfacciones y una consiguiente orientación de su vida hacia una dirección única: la de lograr el éxito en las satisfacciones opuestas a él.

Ya inmersos en la desgracia, muchos hombres suelen intentar librarse de una [illegible] embriaguez, pero este proceder es equivocado, porque la embriaguez produce tan solo una interrupción momentánea de la desgracia y no supone más esperanza que el olvido.

Los hombres desgraciados, como los que duermen mal, se sienten a menudo orgullosos de ello. Tal es el orgullo de la zorra que no pudo alcanzar las uvas. Estos individuos deberían esmerarse, para su bien, en aprender cómo se alcanzan las uvas.

Russell distingue una que él llama "desgracia positiva", pero desgracia al fin y al cabo. Es la de que adolecen aquellos hombres que han llegado a la convicción, errada por supuesto, de que nada vale la pena en este mundo, ni siquiera el regodearse en la contemplación de los encantos de la naturaleza. Tales desgraciados, por considerar que su posición es la más correcta, se sienten satisfechos y hasta orgullosos de su desgracia, lo cual les granjea, con frecuencia, entre la gente común, una espuria imagen de hombres cultos y ajenos a la desgracia. Pero viven estos hombres en un incuestionable error y, lo que es peor, son, con certeza, desgraciados, porque el hecho de sentirse satisfecho en la desgracia no exime a nadie de ésta, siendo ingente ingenuidad suponer lo contrario. Si bien es cierto que hay alguna compensación entre el sentimiento de superioridad mental y penetrativa de dichos individuos y su desgracia, no alcanza esa compensación la suficiencia necesaria para hacerlos libres del mal en referencia, por cuanto no puede estimarse que es feliz quien se encuentra privado de todos los placeres que ofrece el mundo, aun de los más sanos y asequibles.

Quien no encuentra placer en una cosa, debe buscarlos en otra; tal es la fórmula para librarse de la desgracia. Considerar que todo es vanidad no deja de ser una equivocación, porque, por ejemplo, si a uno se le enferma un hijo, puede tomarse el hecho como una desgracia, es cierto, pero no por eso podemos afirmar que todo es vanidad. Lo que debemos hacer es buscar la curación del enfermo. Un hombre rico puede pensar que todo es vanidad, pero si llega a perder su fortuna, no pensará que lo que se va a comer es pura vanidad. La lucha por la vida constituye una de las características naturales del hombre, como de los animales; por eso, cuando un ser humano, merced a la riqueza que posee, se encuentra con que tiene todas sus necesidades biológicas resueltas, es muy posible que, aunque parezca paradójico, se sienta desgraciado, y así ocurre porque la carencia de alguna de las cosas que se desea constituye una de las causas de que no se sea desgraciado.

Lo anterior puede hacer pensar que entonces el hombre está destinado a ser siempre un sujeto en constante afán de búsqueda de metas que, al lograrlas, proporcionan tan sólo un instante fugaz de felicidad, pero que, seguidamente, se convierten en algo sin sentido ni importancia.

A este respecto, existen dos tendencias extremas de pensamiento, que estiman: la una, que todo en este mundo, incluido el obrar humano, no es más que una incesante repetición cíclica de hechos invariables, y la otra, por el contrario, que todo es una continua sucesión de hechos diferentes y pasajeros que no permiten estabilidad alguna en el orbe.

Lo común y negativo de ambas teorías es que según ellas no existen en el mundo las condiciones propicias o necesarias para que el hombre pueda sustraerse de la desgracia. De acuerdo con la primera, el porvenir es igual al pasado, y, con la segunda, la vida no tiene otro sentido que el de producir el porvenir. Siendo ambas tendencias viciosas, la actitud correcta y razonable es la de ver en cada instancia de la vida, esto es, en cada circunstancia, lugar o momento, la posibilidad de no ser un desgraciado. "La vida —dice Russell— no debe concebirse como un melodrama en el cual el héroe y la heroína atraviesan dificultades increíbles hasta llegar a un final dichoso. Yo vivo y gozo de mis días; mi hijo me sucede y goza de los suyos, y a él le sucede a su vez su hijo. Por qué hacer de esto una tragedia? Por el contrario, si yo viviera eternamente los goces de la vida acabarían por perder fatalmente su sabor. Siendo como es, la vida conserva perennemente su frescura". (2).

Tal actitud es, para Russell, tan razonable como la indignación ante la muerte. No lo son, en cambio, las dos tendencias extremas antes referidas, porque, si lo fueran, habría iguales razones tanto para la alegría como para la desesperación.

En suma, el pensamiento de Bertrand Russell sobre la desgracia puede expresarse así: Dicho mal azota actualmente a la mayor parte de los hombres, pero no debemos buscar sus causas fuera de nosotros, sino en nuestra propia conciencia, en nuestra manera de concebir las cosas. Para evitar la desgracia, debemos buscar en cada situación vital la faceta que irrogue satisfacción, en oposición a las extremas tendencias a considerar, en un caso, que todo en esta vida es repetición invariable de los mismos fenómenos, y, en el otro, que todo es, por el contrario, sucesión inestable de cosas transitorias.

De acuerdo con las distintas divisiones actuales de la filosofía, la concepción de Russell acerca de la desgracia, pertenece al denominado idealismo subjetivo.

Finalmente, y aunque no está contemplado en el pensamiento de Russell, nos parece importante anotar que la desgracia no determina el carácter moral de los actos, toda vez que ella no depende de la voluntad, por lo tanto, es totalmente absurdo y estólido juzgar, por ejemplo, que, por ser pobre, el pobre es malo, y que, por ser rico, el rico es bueno.

Notas Bibliográficas

(1) Aristóteles: "Etica Nicomaquea". Medellín, Bedout, 1977, página 15.

(2) Russell, Bertrand: "La conquista de la Felicidad", Medellín, Bedout, 1978, página 21.